



HORAS DE AUSENCIA

Bien os conozco, espíritus vulgares,
que encubríis el tormento del vacío
bajo un disfraz de necio poderío
y de bajas pasiones populares.

Vuestras orgías y vuestros cantares
ocultan siempre pesadumbre ó hastío
y vuestras expansiones me dan frío,
pues no celan ensueños estelares.

No me conmueven ya vuestras jaranas;
sé que están bien podridas las manzanas
de vuestro árido y lúgubre jardín. . . .

Dejadme con mi arte y con mi ciencia,
mi poesía y mis horas de ausencia
¡y con mi soñador y noble espín!

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.



VIAJES EXTRAORDINARIOS

DE SIR JOB, DUQUE

(CONTINÚA)

VERACRUZ DE DIA Y DE NOCHE.

Veracruz no tiene el tristísimo aspecto que suelen darle. Sus calles son aseadas, rectas y anchas; en casi todas hay edificios amplios y de fachadas elegantes, contruidos conforme á las exigencias del clima y á las tradiciones de la arquitectura española, esto es, con grandes patios y volados corredores, por donde el aire puede circular holgadamente, refrescando la atmósfera de las piezas. Las torres, con viviendas en que habitan aglomerados los vecinos de las principales ciudades europeas, serían imposibles en Veracruz. Allí es preciso que cada uno esté á sus anchas, y que tenga el espacio suficiente para que su respiración no vicie el aire de la alcoba. Los techos altos son indispensables. En pleno Diciembre se siente en Veracruz el mismo calor que nosotros sentimos durante los meses de Abril y Mayo; sólo que aquí no se transpira ni hay brisa que atempera la atmósfera. Cuando nosotros llegamos al puerto, acababan de soplar muy fuertes nortes, y la temperatura estaba fresca. No obstante esto, tuvimos uno ó dos días de fuerte calor.

Enfrascados como estábamos, pasando de los banquetes á los bailes y de los botes al «Tamaulipas» ó al «City of Puebla», era difícil, si no imposible, que visitáramos minuciosamente la ciudad. No vi, por ejemplo, el Hospicio, que según me cuentan, es uno de los edificios más notables; pasé, sin detenerme, frente á la Biblioteca, en cuyo fondo está el retrato de Hernández y Hernández. Volví sin visitar las oficinas y los almacenes de la Aduana, ni el Hospital, ni el Camposanto, ni los colegios y las escuelas del Estado, tan importantes para el viajero observador. Por consiguiente, cuanto diga aquí de Veracruz será superficial, vago é indeterminado. Contaré lo que vi en calles y plazas, limitándome á escribir con lápiz y en las hojas de mi cartera algunas observaciones hechas al paso, sin detención, ni minuciosidad, ni trascendencia.

Lo primero que sorprende en las calles de Veracruz son los zopilotes. Pasean tranquila y gravemente, como los diputados en nuestras calles de Plateros. Algunas personas de buena educación les ceden la

acera. Nadie los molesta. Son tan sagrados y venerables como los gatos en Egipto. Para los asesinos de estos inviolables, no hay procesos, ni moratorias, ni jurados. Si alguien, por entretenimiento ó por enojo, me clava su puñal en el pecho, la policía tarda algún tiempo en aprehenderlo; los jueces se demoran muchos años en instruir su causa, y los jurados, en atención á esto ó á lo otro, pronuncian un veredicto absolutorio. No pasa así con los matadores de zopilotes. Para éstos hay una ley tan expedita como la de salteadores y plagiarios. Sin formación de causa, se les impone una multa de cincuenta pesos; ¡pena grave que, en ciertas y determinadas condiciones, puede ser más cruel que una sentencia de muerte! El zopilote, pues, goza de más prerrogativas que nosotros. Basta observar su continente gravadoso, la seriedad con que censura la conducta del Gobierno desde aleros y azoteas, el corte irreprochable de su traje negro, que le permite siempre ir de visita, para caer en cuenta de que no se ocultan los privilegios de su estado y de que anda orgulloso de sí mismo. Comúnmente desdeña caminar por las aceras y se va por en medio del arroyo, tal como Lerdo atravesaba en su victoria por entre los carruajes del Paseo. Lo que nunca abandona es la formalidad. Yo no vi reír á ninguno, aun cuando se leyera en voz alta las «Cartas de Junius.» El zopilote es serio: parece que está discurrendo siempre sobre el níquel. Como los sabios, calla mucho, jamás externa su opinión y anda despacio. Muchas veces temí que alguno de ellos se acercara á pedirme la lumbre, pero el zopilote no fuma; es muy probable que tome rapé francés, pero tampoco me atreví á asegurarlo. Su aspecto adusto y su vestido negro, inspiran profundísimo respeto. Parecen padrinos de duelo ó agentes de la Empresa Gayosso.

Por las eternas injusticias del destino, el zopilote no desempeña en Veracruz las altas funciones á que está llamado. No apadrina los duelos, ni imparte justicia, ni expide leyes, ni perora sobre la filosofía de lo inconsciente. El zopilote, respetado y todo, hace la policía de la ciudad. Cuando las calles están sucias, el «Ferrocarril» ó el «Diario Comercial» no interpelan al Ayuntamiento, sino á los zopilotes. Estos, como si fueran regidores, no contestan. Menosprecian las furias de la prensa, y armados de su inviolabilidad, pasan con tálante desdñoso junto á los infelices gacetilleros. Estos animales—continúo hablando de los zopilotes—descorazonan y entristecen al viajero. Causan repugnancia y miedo, como los perros de Constantinopla. En las primeras noches se sueña con los graves pajarracos y con el Dr. Garmendia. Este es, en opinión de muchos médicos, el enemigo más formal que tiene el vómito. Pero tal consideración no satisface, y el simple encuentro con un hombre á quien jamás quisiéramos tener á nuestra cabecera, compunge el ánimo y acorta los bríos de la fogosa juventud. Los medrosos sueñan que el Dr. Garmendia (no obstante su saber), les deja en brazos de la muerte, y que una turba de espantosos zopilotes devora en breve rato sus cadáveres.

* * *

Contrastando con las oscuras gallinazas, ora asomados á zaguanes y balcones, ora en tiendas y almacenes, se ven hombres en pechos de camisa. La camisa es el lujo del veracruzano. Aquí la llevamos escondida. El saco inglés apenas deja ver el cuello—que comúnmente es postizo—y los puños, también de quita y pon. En Veracruz sucede lo contrario. Casi puede decirse que andar en mangas de camisa

constituye el traje de etiqueta. Es un país de gorja para las lavanderas: bien es verdad que, como decía un amigo tonto, allí el lavado debe ser barato, porque nadie puede negar que abunda el agua.

Los almacenes presentan un aspecto muy curioso. En cada escritorio ve usted una camisa blanca con dos mangas y un cuello, á cuya extremidad superior está pegada la cabeza de un alemán. Una de las mangas se mueve continuamente y su aditamento carnos, armado de la pluma infatigable, traza en la blanca superficie del papel ó en las páginas de enormes libros, número incalculable de pequeñas cifras que representan lo que comemos, lo que vestimos, lo que bebemos y lo que gastamos. En esos libros están marcadas las pulsaciones de la República. En esas cifras está el microbio del *delirium tremens*, del adulterio, del peculado y de la estafa. Leed los rubros de esas hojas: «vinos, joyas, sedas;» es decir, inteligencias que se pierden, mujeres que se venden, hombres que se levantan la tapa de los sesos ante un océano de facturas.

En Veracruz todos hacen cuentas; allí el consonante de ocho es diez y seis. Dicen, sin embargo, que está hoy el comercio decaído por la falta de compradores arribeños. La animación es menos grande, pero imposible que pierda nunca la ciudad su carácter esencialmente mercantil. Id á la plaza del muelle, en donde sirven de postes los cañones tomados al almirante Baudin y al príncipe de Joinville; la hallaréis atestada de enormes fardos, y si no andáis con vigilancia y tiento, un mozo de cordel os descalabra, una carreta os atropella ó quedáis aplastados bajo un bulto gigantesco. Por las calles circula poca gente. Todos están en los almacenes ó en las casas. Estas, por las condiciones del clima, se prestan poco al lujo. Los ajuares de bejuco y las coquetas mecedoras no

faltan nunca en las casas elegantes, y la tertulia—particularmente entre hombres solos—suele hacerse en el zaguán.

Las familias veracruzanas almuerzan á las diez, comen á las cuatro y no acostumbra cenar. En las fondas se come bien y muy barato. Por ejemplo, en el Hotel de Diligencias, que es de los principales, y al que asistí muy repetidas veces, nos cobran diez reales por un buen almuerzo con vino rojo á discreción. Lo mismo se paga en el hotel Galatoir. En otras partes, como en el Casino y en la Lonja, sirven «á la carta,» como se dice en la moderna galiparla. En la primera de estas fondas, el pan se paga aparte y es muy malo.

De buena gana haría un examen minucioso de la cocina veracruzana; un hombre culto está obligado á ser gastrónomo. Desventuradamente el exceso de arribeños desorientó á los fondistas. Agotábanse los mariscos muy temprano, tomábamos las mesas por asalto, corrían despavoridos los sirvientes, y en estas condiciones anormales, no era posible formar un juicio exacto ni del servicio ni del cocinero. Lo que sí digo en tesis general, es: que en Veracruz se come bien. La leche es magnífica. No así el agua, que tiene un sabor dulzón muy pronunciado.

En los portales del hotel de Diligencias y del Casino Español, hay muchas mesas de madera y fierro, en que se sirven desayunos y refrescos. Allí se saborea el café por las mañanas y el «mintjulep» por la tarde. Mientras el pasajero desayuna, algún granuja de esos que andan, como en Nueva York, provistos de una caja de betún y de un cepillo, da lustre á su calzado. Estos granujas son, por lo común, muy insolentes y desvergonzados. El pueblo de Veracruz, como el de casi todos los puertos, no es respetuoso ni escatima los juramentos y los ternos. En cambio, es mucho más culto y despejado que el de México.

Las galerías del teatro se llenan de boteros y cargadores que presencian con interés el espectáculo. Este teatro es bastante amplio y bonito, pero mal ventilado. Cuando yo asistí se representaba el «Duque Job,» de León Laya, arreglado á la escena española por Tamayo y Baus, con el título de «Lo Positivo.» Veracruz me recibía poniéndome en escena. Por desgracia, cuando llegué al teatro había pasado ya la representación de una loa en verso, escrita en pocas horas y con motivo de las fiestas, por el extremado poeta D. Rafael de Zayas Enriquez. Dicho está que no la vi; pero estoy cierto de que ha de ser tan correcta y elegante, como todo cuanto cincela con su pluma el muy amable vate tropical. La compañía dramática es malísima, y ya sea por esta consideración, ó ya por la temperatura sofocante que agobia á los espectadores, acude al teatro muy escasa concurrencia. En donde se paseaban muchas damas, era en el jardín de la plaza, que allá, más disparatadamente que aquí, se llama Zócalo. En este paseo, lo más digno de mencionar es el embanquetado de mármol, cuya amplitud y limpieza son notables. Tiene también cuatro hermosísimas palmeras, que cautivan á todos los mexicanos.

Muchos hombres pasan la velada en el café ó en los salones de la Lonja, que son buenos. El salón del Casino Español es elegantísimo, y está admirablemente decorado. Mucho me habían dicho de la prostitución que reina en Veracruz; pero en esto, como en otras muchas cosas, se exagera. Los que más escandalizan en Veracruz son los mexicanos. A fuer de pasajeros y desconocidos, permítense éstos toda clase de libertinajes. Sucede allí lo mismo que en París, donde los extranjeritos son los que dan principalmente la función. (¡Vaya otro galicismo y de buen calibre!) Sería tal vez porque los veracruzanos no

quisieron competir en desvergüenza con nosotros; pero el hecho es, que durante mi permanencia en el puerto, no observé más desórdenes y orgías, que los desórdenes y orgías de mis paisanos; ni vi más princesas rusas, que las ya conocidas en la capital, y en la calle de Lamparillos, de la Habana.

Cierta noche tomé una carretela para pasear por lo que llaman «Extramuros.» No supe lo que cuesta aquel vehículo, porque lo pagó mi buen amigo el joven y distinguido poeta Luchichí. Largo rato estuvimos conversando de versos y proyectos literarios, hasta llegar á una especie de infecto portalón, frontero á la laguna de los Cocos. A los acordes de una mala murga, danzaban en promiscua algarabía, negros, mulatas, marineros, cargadores, princesas de petate, y tres ó cuatro gomositos mexicanos. Un tranvía llega hasta aquellos sitios, y hace viajes hasta las altas horas de la noche. El cuadro no puede ser más repugnante. Huele mal, se toma en la cantina una cerveza detestable, y los danzones atarantan y marean. Lo que me extraña es que no haya nunca en esos bailes, en los del «Recreo,» y en otros menos groseros, algún muerto ó herido. La policía no interviene; todos beben; suele haber pleitos en que se oyen lindezas y piropos como no se oyen en ninguna parte; veces hay en que se arrojan los cacharros á la cara; mas, desahogada así la ira de un modo verdaderamente inofensivo, todos quedan tan amigos como antes, y se van de bracero á la cantina. Por menos palabrotas se acuchillan y se desuellan nuestros léperos.

Satisfecha mi curiosidad, y vistas de cerca las costumbres populares, salimos del infecto portalón, en el que apenas permanecemos un momento. Las noches en Veracruz son deliciosas. Refresca la atmósfera y puede pasearse sin temor de una

apoplejía fulminante. Por supuesto, no hay carruajes cerrados ni es posible que los haya. La carretela es el solo vehículo aceptable. Luchichí, que es un joven muy simpático, me iba recitando versos de Salvador Díaz Mirón: tal se rocía un pañuelo con esencia para pasar los muladares y pantanos. Salvador es el poeta por excelencia de Veracruz; más aun, es uno de los poetas más inspirados de la República. Con ansia espero algunos de sus versos, para hablar de él con la extensión y detenimiento que merece.

*
* *

De regreso, pasamos frente á algunas iglesias. ¿Hay iglesias en Veracruz? Yo había visto la catedral por fuera; pero imaginaba que era á modo de la soberbia biblioteca que tiene cierto pedante amigo mío; una serie de cartones figurando lomos de volúmenes empastados: nada más. No he visto sotanas negras en las calles, ni oído llamar á misa. Los templos están en Veracruz para cubrir el expediente. La catedral legítima es la Aduana.

Sigue, cochero; pasa la Alameda; ya es tiempo de tenderse y descansar. Llego á

casa, abro el balcón, y me preparo á dormir con el tranquilo sueño de los justos. A cada quince minutos dan la hora los serenitos, no con gritos ni con pitazos, sino á palos. Doce garrótazos indican las doce de la noche. Esta manera de dar la hora, tiene mucho parecido con las palizas.

Fatigado, me recuesto en el catre, sin colchón. Una sábana basta para cubrirse, y aun presumo que sobra. Lo interesante es el mosquitero. Una vez adentro de esa torre cuadrada de cortinas blancas, cree uno estar en el sepulcro de Doña Inés, ó en medio de una pieza montada de azúcar candi. Ustedes sabrán que yo duermo con puro; por lo tanto, pensé que no saldría de Veracruz sin causar un incendio. Lo único que me consolaba era la proximidad del mar. ¡El mar! ¡El mar! ¡Ya hablaremos de él mañana! Ahora los ojos se me cierran; baja el sueño, y comienzan á cruzar por mi fantasía los zopilotes y los hombres en camisa, que forman el claroscuro de Veracruz.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

(Duque Job).

(Continuará).





LA HERMOSA LIBRERA

¡Libro de poesía! ¡Poesía
de la mano que el bello libro entrega!
¡Mano gentil que, suavemente, llega
púdica, leve y alba, hasta la mía!

¡Ojos color de mar, la fantasía
por vuestra zarca placidez navega!
¡Tez en que rosa con el blanco juega
en una whistleriana sinfonía!

Sobre los libros de tu tienda obscura
se destaca, graciosa, tu figura;
ríen tus actitudes elegantes.

¡Oh, cuando la pasión en sus divinas
horas, te iguale con las heroínas
de esas novelas que hay en los estantes!

ENRIQUE DIEZ-CANEDO.

*A la Revista Moderna de México
como si fuese uno de los catos
Miguel de Unamuno*



Don Miguel de Unamuno.



LAS TRAGEDIAS GROTESCAS

NUEVA NOVELA DE BAROJA.

Pío Baroja acaba de aumentar su ya vastísima labor de novelista con un nuevo libro, titulado «Las tragedias grotescas.» Entresacamos de él, arbitrariamente, desglosándolos de la acción, unos cuantos paisajes de París, para ofrecerlos como primicias de este acontecimiento literario, á nuestros lectores.

El otoño fué dulce, templado, de una temperatura suave. Era una verdadera delicia sentarse en los bancos del Luxemburgo durante aquellos días tibios. El sol pálido iluminaba los macizos de los geranios, dalias, crisantemos y Margaritas.

Algunos días, lluvias ligeras refrescaban el follaje y avivaban el color de las flores. Los árboles amarilleaban lentamente; el aire fresco murmuraba entre las ramas y robaba al pasar alguna hoja grande y cobriza, hoja alegre y juguetona al correr por la avenida enarenada; triste y mustia luego, aplastada sobre el tronco de un árbol ó caída en el agua inmóvil de un estanque.

* * *

La vuelta de Saint-Cloud era una de las partes más bonitas de la expedición. Volvían de prisa al muelle á embarcarse.

Quando tomaban de nuevo el vapor, ya al caer de la tarde, el cielo parecía un lago de ópalo, el río se ensanchaba mostrando su transparencia misteriosa, y surgía del Sena una isla verde, llena de árboles, con todo el encanto de las cosas inciertas vistas en sueños.

Al avanzar la tarde, sobre los tejados azules de Sévres, el cielo tomaba tintes rosados, que palidecían y se iban apagando, y en el río palpitaba un tembloroso reflejo sangriento.

El vaporcito iba deteniéndose en los pontones de ambas orillas, pasaba por delante de un grupo de casas, en cuyas vidrieras comenzaban á brillar las luces, y ya próxima la noche entraba en París.

A medida que se avanzaba en el interior de la ciudad, todo iba entenebreciéndose; la niebla gris se tendía sobre el Sena, primero tenue, luego más espesa; las orillas se borraban, y el agua se oscurecía hasta ennegrecer por completo.

Las luces brillaban y parpadeaban en las orillas y en los puentes, blancas y rojas, entrecruzándose, confundiéndose, temblando en las olas y remolinos del río.

* * *

Siempre que Yarza estaba libre, D. Fausto le cogía por su cuenta y le pedía que le acompañase á ver sitios raros y extraviados. Le encantaba á D. Fausto perderse en lejanos suburbios, contemplar las casas viejas antes que fuesen derribadas para abrir nuevas calles.

No podía impedir la destrucción de estas casuchas pintorescas, entre las cuales había algunas que manifestaban su vetustez por el alabeo especial de las fachadas, pero quería contemplarlas, conservar de ellas un piadoso recuerdo.

Había entre las miserables casuchas del barrio de Saint-Jacques y de Montrouge, que iban derribando, hoteles antiguos, de aire señorial, con tejados en piñón, balcones del siglo XVIII y grandes y soberbios jardines llenos de silencio y de reposo.

Al comenzar la demolición de estos viejos hoteles, los jardines quedaban maltratados, profanados. Daba lástima verlos. Los grandes árboles centenarios estaban caídos, un trozo de escalera de hierro ó la balastrada de un balcón desgajaba cruelmente la rama de un tilo ó el tallo de una adelfa. Las estatuas, manchadas de liquen, desaparecían entre las hierbas, y en el antiguo hotel á medio derribar, levantado en el fondo, se veían las guardillas, deshechas, descarnadas, con su esqueleto de madera destacándose en el cielo gris.

Era una pena para D. Fausto ver un destripamiento tan cruel de la ciudad.

Comprendía el atractivo de una callejuela estrecha y negra, y hubiera deseado, en su fervor por lo pintoresco, que todas las calles de París fuesen igualmente estrechas, negras y románticas.

Hasta entonces no se había fijado en la belleza de los días de niebla. Yarza le dijo un día:

—Mire usted qué bonito hace este rincón sobre la niebla.

Y era verdad; los mismos bulevares nuevos, monótonos, rectos, tenían los días brumosos un color gris perla de una suavidad infinita; las personas, los coches, los omnibus, se esfumaban en el ambiente; todo presentaba el aspecto de esas imágenes apenas coloreadas que se pintan en el cristal desflustrado de una cámara obscura. La niebla afinaba y borraba los contornos de los objetos, las casas lejanas se entreveían vagas, perdidas en la atmósfera opaca.

D. Fausto suponía al adquirir este concepto de la belleza de la niebla, que tal adquisición constituía una superioridad sobre mucha gente, capaz de suponer de manera prosaica y vulgar, que un tiempo húmedo y nublado es sólo bueno para coger catarros.

Un día gris de otoño, Yarza llevo á D. Fausto á ver el barrio de Croulebarbe; un barrio de curtidores y de tintoreros, cruzado por el Bièvre, arroyuelo afluente del Sena, limpio y cristalino antes de entrar en París, después sucio, infecto y apestoso.

Corría este arroyo canalizado entre dos orillas, de piedra en unas partes, de escombrías y de barro en otras; pasaba por en medio de calles formadas por casuchas de curtidores, desde cuyas galerías, al ras del agua, obreros medio desnudos hundían y empapaban pieles en la sucia corriente.

Algunas callejuelas, como las de los Gobelinos, parecían de un rincón de Venecia; las casas estaban edificadas á ambos lados sobre una muralla; tenían las ventanas tapiadas ó medio cerradas, lo que daba á la callejuela un aire de sitio bloqueado. Por en medio pasaba el canal como una acequia de lenta corriente; en su superficie, los detritos de las fábricas de curtidos y de las tintorerías flotaban

en las aguas, dándoles un aspecto trágico.

No parecía sino que aquel arroyo venía de un campo de batalla en donde la carnicería hubiera sido tal, que la sangre y el pus y las carnes en putrefacción corrieran por su superficie sobrenadando en ella. La pestilencia del aire corroboraba esta impresión penosa.

.

Se alejaron más hacia la Butte-aux-Cailles. Por allí la edificación terminaba. Se veían terrenos baldíos llenos de escorias y escombros, tapias bajas, dentelladas, largas, por encima de las cuales resplandecía el horizonte gris muy luminoso.

En alguno de estos solares, al lado de una casita blanca con gran tubo de chimenea humeante, se amontonaban materiales de derribo, persianas verdes, destañadas, jarrones de piedra, barandillas, puertas viejas, regaderas pintadas y pilas de tablas que se iban descomponiendo por la acción de la lluvia.

A un lado, rompiendo la línea gris de las fortificaciones, sobre terraplenes de color violáceo, corría en suave curva la línea de un tren.

Volvieron antes que oscureciera. Al anochecer, en el barrio de Croulebarbe, entre las bruma, algunas fábricas aisladas,

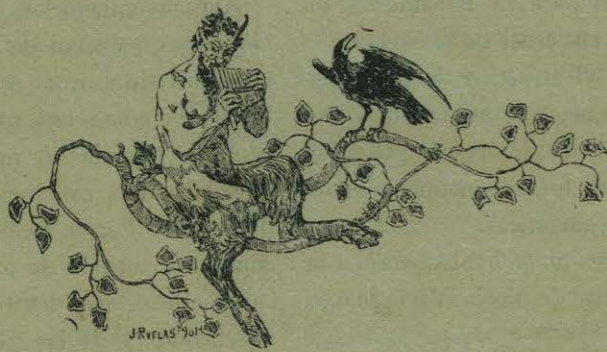
cuadradas, se levantaban como inmensos dados negros, agujereados por los rectángulos de las ventanas resplandecientes. Las altas chimeneas espiraban grandes bocanadas de humo blanco; de las rejas se columbraban galerías en donde los obreros curtidores trabajaban en artesas llenas de agua rojiza.

En alguna rinconada, un árbol desnudo y negro se destacaba en el fondo del crepúsculo; tipos de andrajosos pasaban por las calles encogidos, y en el interior de las tabernas hablaban grupos de vagabundos.

Cruzaron un bulevar exterior. Había anochecido; entre los espacios oscuros, correspondientes a los sitios sin edificar, brillaba de trecho en trecho la luz de los escaparates de las tiendas.

Pasaron el bulevar y se acercaron al centro, cruzando ese barrio de colegios y conventos que se extiende entre el Bièvre y el Panteón. En las callejuelas, abandonadas y desiertas, algún farol de petróleo colgado de una cuerda se balanceaba y brillaba a lo lejos. El aire le hacía oscilar violentamente; su claridad danzaba del empujado a la tapia negra; el viento se derramaba por callejones y encrucijadas, y silbaba y gemía con una nota larga y sollozante....

Pío BAROJA.



HOMENAJE AL DUQUE JOB

(Versos recitados por su autor, en la Velada del día 17 de Abril, verificada en el Teatro Arbeu).

Un triunfo de luz cruza. Seres y cosas
transparentan su alma. Sobre sus huellas
las Horas se detienen. Hay jubilosas
sonrisas en la vida.... Revientan rosas....
Hay dudas en la muerte.... Caen estrellas....

Es que pasa la gloria de los divinos:
de los que vienen de ortos, de auroras llenos;
de los que van, con almas de torbellinos,
mojando con su llanto plectros de trinos,
y tiñendo en su sangre liras de truenos.

Es que pasa la estirpe regando asombros.
Son los que han tremolado banderas santas,
entre las humaredas y los escombros.
Los que llevan un mundo sobre sus hombros.
Los que sienten un cielo bajo sus plantas.

En sus pechos transidos bullen torrentes
ígneos, como las lavas de los volcanes.
Son abismos y cumbres. Tienden ingentes
lutos en sus anhelos, y alzan las frentes
con soberbias de nieves, sobre huracañes.